

## 14. Pasaporte de mujer.



**Olivia Carballar**

“Me pasa con el divorcio lo mismo que con las novelas de adulterio: muy rara vez logran interesarme”. Ésta fue la respuesta que Miguel de Unamuno dio a la periodista andaluza Carmen de Burgos a principios del siglo XX. Más conocida como Colombine, De Burgos, la primera mujer que trabajó como redactora en un periódico en España -en 1903 en Diario Universal-, había iniciado una ronda de entrevistas a escritores e intelectuales de la época para conocer su opinión sobre el divorcio. “No tengo opinión ninguna, necesitaría dedicarme a estudiar esa cuestión y no dispongo de tiempo”, le respondió la escritora gallega Emilia Pardo Bazán. A causa de esta campaña, Colombine se enfrentó a innumerables críticas e insultos. Y hasta se ganó un título por parte de sus más férreos detractores: la divorciadora.

Estos dos personajes, Unamuno y Pardo Bazán, llevan a otra mujer precursora de la igualdad en España: Josefina Carabias. Cuenta esta periodista en Crónicas de la República -testimonio recogido por Inés García Albi en Nosotras que Contamos-, que en un encuentro mantenido con Unamuno, el escritor se paró y le dijo: “Yo en esta cuestión del feminismo tengo mis ideas. Hace ya bastantes años, estando sentado aquí mismo con doña Emilia Pardo Bazán le dije lo que pensaba del asunto”. Carabias, que asegura que Unamuno alzó la voz para que lo oyeran todos los “papanatas del corro”, se temía lo peor: “Desengañese usted doña Emilia, las mujeres han venido al mundo exclusivamente para concebir, gestar, parir y amamantar. Cuando pasen sin hacer ninguna de estas cosas otros tantos siglos como llevan haciéndolas, entonces habrá llegado el momento de que procreen con el entendimiento, que es lo que ahora intentan vanamente hacer”, le espetó Unamuno.

La II República ya había dado a luz una Constitución que prohibía cualquier discriminación por cuestión de sexo. Y, sin embargo, seguían sucediéndose episodios como el que describe también Carabias cuando necesitó un pasaporte para trabajar como periodista en Marruecos:

“El comisario de la calle Leganitos [Madrid], que era donde se conseguían los pasaportes, me lo negó. Necesitaba autorización paterna. Acabo de cumplir la mayoría de edad, le dije.

-No importa, si fuera usted un hombre se lo daría solamente con la partida de nacimiento, si no hay inconveniente militar. Pero tratándose de una mujer, no puedo. Necesita tener usted 25 años, y aun así hay que cumplir con algunos trámites. Hasta esa edad no se puede abandonar la casa paterna. ¿Y si tratara de casarse? ¿Quién me asegura a mí que no quiere ese pasaporte para casarse en otro país? Eso no puede hacerlo a ninguna edad sin permiso de los padres, aunque tenga 40 o 50 años, a menos que el juez le conceda el derecho de depósito.

-Todo ese repertorio ya me lo sé, señor comisario. He estudiado Derecho. Pero las cosas ya no son como antes. ¿No se da cuenta de que yo podría ser diputado, podría ser ministro [aún no usa los términos femeninos diputada o ministra] y no digo que podría ser presidente [ni presidenta] de la República porque creo que para eso se exigen 40 años...?

-Lo sé, pero la ley es la ley. Y yo sin el permiso de su papá no le doy a usted el pasaporte”.

Al final, la periodista no tuvo más opción que llamar a su padre.

Marta Carrasco, actual jefa de prensa del Centro Andaluz de Arte Contemporáneo, no tuvo que pedir permiso al suyo, pero casi. Ocurrió en la Transición. “Yo fui a cubrir una parada militar un día de las Fuerzas Armadas para El Correo de Andalucía en la Plaza de España, en Sevilla. Pero cuando llegué con todas mis acreditaciones y credenciales, el militar que estaba en la entrada me dijo: ‘No, no, las



señoras tienen que ir por aquella puerta'. ¡Y estaban pasando mis compañeros varones periodistas por mi lado! Y le dije, no, no mire usted, y le enseñé mi acreditación, yo soy periodista. 'No, no, las señoras por aquella puerta', insistió. Me tiré media hora hasta que pasó el entonces jefe superior de Policía, me conoció y me dijo: 'Marta, ¿qué haces aquí?'. Pues que no me dejan pasar porque soy mujer y no comprenden que mujer y periodista van juntos". Es uno de los testimonios que he recogido para una investigación, aún en curso, sobre mujeres periodistas a finales de la dictadura y principios de la democracia en Sevilla.

Me salto directamente la dictadura de Franco en esta mini radiografía porque las mujeres, como destaca la periodista Mercedes de Pablos, otra de las protagonistas del citado estudio, fueron convertidas entonces "en menores, en niños". Y esa reducción dilapidó todos los derechos conquistados anteriormente por la República y el movimiento feminista, que batalló hasta lograr el sufragio de la mujer. Me explicaba hace unos meses De Pablos, actual consejera del Consejo Audiovisual de Andalucía, que la llegaron a convencer, hombres, por supuesto, de que no tenía voz para contar sus noticias en la radio, donde ha desarrollado buena parte de su carrera profesional. En muchas ocasiones se ha autodefinido como "la negra", en el sentido de escribir para los demás. La mayoría de las mujeres que prestaban sus voces a las ondas eran bustos parlantes, actrices o locutoras, pero en casi ningún caso periodistas.

Una de las más veteranas de aquella época, María Esperanza Sánchez, periodista de la Cadena SER, recuerda aún con indignación cómo a Mercedes de Pablos la llamaban 'la niña'. Y, lo que es peor aún, la siguen llamando 'la niña'. "Y claro, cuando tú dices la niña y ves aparecer a Mercedes de Pablos, que cuando abre la boca, que cuando escribe... demuestra que es una potencia del periodismo, pues dices, llámela doña Mercedes, por favor", añade Sánchez. Pero doña Mercedes, como muchas otras, tuvo que hacerse fuerte en los temas que los hombres no querían o en los espacios que ellos despreciaban. De Pablos aprovechó, por ejemplo, la franja de los domingos entre las tres de la tarde, cuando terminaba el informativo, y las cinco, cuando comenzaba Carrusel deportivo. "Abrir a las ocho de la mañana y decir ¡BUENOS DÍAS, ANDALUCÍA! lo hacía el hombre", zanja De Pablos.

Inmaculada Navarrete, otra periodista combativa, que ha dejado huella en el diario Abc, culpa a las empresas pero, en algunos casos, también a las propias mujeres: "Muchas veces no hemos querido conquistar el deporte, ni los toros...". Ella sostiene que todo lo que no aguantó en los periódicos lo tuvo que soportar en la sevillana Plaza de la Maestranza. "Desde escuchar cómo decían qué hace esta tonta sentada aquí en el tendido con su libretilla, a que a lo mejor pillaban a un torero y a mí no me dejaban entrar en la enfermería porque lo desnudaban, y no fuese que me asustara viéndole el paquete", explica con sorna Navarrete. "Ahí me di cuenta yo de que esto de ser mujer periodista podía tener ciertos problemillas en ciertas informaciones", reconoce. Fue la primera mujer que escribió una crónica taurina en Sevilla.

Afortunadamente, la repentina afición taurina de mi colega Raúl Bocanegra me ha llevado estos días a descubrir un delicioso texto de Josefina Carabias con el que he podido amortiguar, al menos por un rato, la rabia que produce tanta discriminación. A través de un epílogo a Juan Belmonte, matador de toros, joya del periodista sevillano Manuel Chaves Nogales, Carabias realiza un elogio encendido del autor y de su virtud para dibujar al torero tal como era, "sin floripondios ni añadiduras superfluas". Pero más allá de la grandeza indiscutible de estos dos hombres, el texto de Carabias deja al trasluz otra grandeza, la profesionalidad de aquella mujer a la que no le dieron el pasaporte sin el permiso de su padre.

"Mientras Juan [Belmonte] se distrajo con otro ganadero que acababa de llegar a la tertulia, los íntimos se dedicaron a hacer conjeturas sobre el motivo que habría impulsado a Belmonte a torear a pie tras dos años sin tocar los trastos.

-Para mí -dijo uno-, fue porque se lo pidió aquella sueca tan bonita. A Juan, aunque quiera disimularlo



bajo ese aire de inglés, le gusta todavía lucirse delante de las mujeres.

Rafael el Gallo, contertulio de servicio permanente en Los Corales, sentenció filosófico:

-¡No sean ustedes cándidos! Lo que le pasa a éste (el Gallo decía siempre éste al referirse a su antiguo colega) es que le anda trabajando mucho la idea de hacerse viejo. Se conserva bien, pero los años son los años. Por eso le gusta, de vez en cuando, tantearse, a ver si de veras conserva las facultades. Yo le conozco bien. Para mí, éste es como un hermano chico.

-Di mejor como un hermano grande, ¿no, Rafael? -dijo Belmonte, que, por suerte, sólo había oído la última frase-".

Este pequeño extracto del epílogo, en el que Belmonte apenas pronuncia unas cuantas palabras, es una muestra de la capacidad de Carabias para fotografiar al torero como lo hiciera el maestro Chaves Nogales, tal como era, sin floripondios ni añadiduras superfluas.

Y hasta aquí el amortiguador. Navarrete extiende esos "ciertos problemillas" al mundo de las cofradías. No olvidemos que aún existen en Sevilla tres -el Silencio, el Santo Entierro y la Quinta Angustia- que prohíben a la mujer salir como nazarena. Su compañera Gloria Gamito, una de las primeras mujeres que pisó la redacción de Abc en Sevilla, fue la primera también en cubrir el tradicional almuerzo del pregonero. "Yo pasé un mal rato porque todos me miraban raro, allí no entraban mujeres", relata. Según Gamito, cuando llegó el momento de pasar de ayudante de redacción a redactora, ascendieron a su marido, el periodista Antonio de la Torre -ya fallecido-, que también trabajaba como ayudante de redacción en ese momento. A ella nadie se lo confirmó, pero Gamito entendió que detrás de aquello se escondía el mismo problema: ser mujer.

Al drama del género había que sumar, además, la falta de libertad. "No te planteabas hacer un reportaje sobre los abusos a menores. Si lo planteabas, te decían: 'Esta tía está loca'. No había tampoco estadísticas a las que acudir", insiste Inmaculada Navarrete, que apunta a otro aspecto importante: "También se daba el caso de que cuando una periodista sacaba un tema en Andalucía, en una delegación de un medio nacional, venía el periodista de Madrid a rematar la jugada". Creo que esa desconfianza, hoy, ya no se produce. Sí puede ocurrir todavía que venga el periodista de Madrid a rematar la faena pero no por una cuestión de género, sino por considerar que en Andalucía las cosas se hacen peor. Ese es otro peaje que han tenido que pagar muchas mujeres periodistas en Andalucía. Ser mujer y andaluza, casi ná.

Yo no me he sentido vetada haciendo mi trabajo por ser mujer. Ni fuera, ni muchísimo menos dentro de las empresas para las que he trabajado y trabajo. Nunca. Me dieron, de hecho, un cargo de responsabilidad en El Correo de Andalucía con apenas 24 años y siempre me he sentido respetada en ese sentido. Otra cosa es que los cargos de responsabilidad sigan ocupándolos, en la mayoría de los casos, hombres. Otra cosa es que apenas conozcamos directoras de periódicos. Eso es otra cosa. Otra injusticia por la que hay que seguir peleando. Pero esa desigualdad se produce en el periodismo y en todos los ámbitos. ¿Y son mejores periodistas los hombres que las mujeres? Está claro que habrá de todo, como en cualquier otra profesión. Pero rompo una lanza por ellas y pongo como ejemplo el que recoge García Albi en Nosotras que contamos: fueron tres mujeres, Soledad Gallego Díaz, Consuelo Álvarez de Toledo y Concha Bordona, quienes lograron la mayor exclusiva de la democracia: el borrador de la Constitución.

Hoy estamos mejor que entonces. Es cierto. Pero aún queda mucha tela que cortar. Hemos pasado de un machismo feroz a un machismo camuflado. Ser machista empieza a estar mal visto, pero creo que ese empezar aún es peligroso. Por eso no nos podemos dormir, tenemos que seguir siendo combativas, apostando por los que más lo necesitan, ayudando a visibilizar a las mujeres, la labor que hacen, a todas, las que trabajan en el campo, las que son madres, a nuestras madres, a nuestras abuelas, a las víctimas de la violencia de género. No podemos permanecer impasibles ante esta lacra. Y tenemos que seguir poniendo la cara colorada a nuestros gobernantes hasta que la igualdad sea



efectiva. Los periodistas tenemos esa facultad. Es nuestro trabajo. Seremos unos malos periodistas si no lo hacemos.

A Nani Carvajal, la primera mujer que preside la Asociación de la Prensa de Sevilla, todavía le siguen haciendo una broma que no tiene ninguna gracia. “Me acuerdo que una vez vino Gisele Halimi, la famosa abogada francesa, y la entrevisté. Yo le pedí un perfil del violador y me dijo que no había ningún perfil, que el violador podía ser cualquiera. Claro, yo eso lo recalqué enormemente en mi reportaje [en TVE]. A pesar de que el programa fue precioso, todo el mundo se quedó con la copla hasta el punto de que todavía hoy cuando me ve alguno aún me pregunta: ‘Hombre, ¿podemos seguir siendo todos unos violadores?’ Y yo le respondo: ‘Pues sí, seguís todavía manteniendo el mismo perfil’. Es decir, que el cachondeito machista lo he tenido que aguantar en todos los trabajos que he hecho, pero los he hecho, a pesar de ello”.

Unos días antes de la celebración de estas jornadas, La mujer en el espejo mediático: El mediotrato femenino, hubo una reunión de ministras europeas en Cádiz para elaborar un informe sobre los objetivos logrados en igualdad en los últimos 15 años. Sólo dos periódicos nacionales, Público y El Mundo, cubrieron el encuentro con entidad desde el primer día. ¿Nos podemos permitir ese lujo? ¿Podemos sacrificar estos encuentros por otras cuestiones de la tantas veces dañina agenda periodística? Mientras conducía, escuchaba hace unos días en la radio un anuncio de un servicio de asesoría jurídica, Legálitas, que me dejó perpleja. “¿Me pueden despedir si me quedo embarazada?”, se preguntaba la actriz. Resulta increíble que todavía hoy haya mujeres a las que les surja esa duda.

La maternidad es, indiscutiblemente, uno de los asuntos más espinosos que quedan por resolver y que más nos sigue uniendo a aquellas colegas de finales de la dictadura y la Transición. La mayoría de las mujeres que he entrevistado hasta el momento para la investigación han decidido o no ser madres o tener menos hijos de los que hubieran deseado. Ésta es, por ejemplo, la reflexión de María Esperanza Sánchez. “A estas alturas de mi vida, pienso que hubiera tenido más hijos. Sólo tengo uno. Eso es algo que, en su momento, yo me planteé que tenía que ser así. Quiero ser madre y quiero tener un hijo, pero todo lo demás me urgía, y todo lo demás me exigía una atención que con dos o con tres, que a lo mejor me hubiera gustado, pues ya no me lo permitía”, sostiene la periodista. “Eso es algo que a los hombres no les pasaba, ni les pasa ni les pasará... de momento, de momento”, advierte. Si un periodista puede ser padre de uno, dos, tres o los hijos que quiera, ¿por qué una periodista no puede serlo? Tenemos derecho a ser buenas periodistas y, si queremos, ser buenas madres. Es tan imprescindible corregir esa incompatibilidad como tantas otras desigualdades que hoy casi no creemos que hayan podido existir.

María Luisa Díaz sabe perfectamente de lo que hablo. Esta mujer no estudió Periodismo, pero conoce tanto o más que cualquier director de un diario cómo funciona una redacción. Entró a trabajar a finales de los años 70, como administrativa, en El Correo de Andalucía. Sus vivencias darían para un capítulo entero. Aquí dejo su primera frase: “A mí me obligaban a llevarme las compresas usadas a casa”. Los hombres no podían ver eso.